

Cultura a la contra

Pero, ¿qué es un pasota?

Hay términos que empiezan siendo insultos y acaban por servir de etiquetas. Bajo ellas se ocultan cosas que normalmente no deberían tener nombre ni apellidos; cosas indefinidas, casi diría que abstractas, caracterizables tan sólo por su falta de existencia. Los movimientos culturales, para o contraculturales de los jóvenes y menos jóvenes, han sufrido siempre esta triste suerte. Y no es cosa de ahora. Ya el antediluviano Mesonero Romanos llamaba "románticos" —en el sentido más peyorativo posible— a los jóvenes que, en su época, llevaban cabellos largos y chalecos de vivos colores. Luego, de todo: existencialistas, "beatniks", "hippies", "freaks", "punks"... y pasotas. Todo el mundo lo dice de todo el mundo; nos lo llamamos unos a otros continuamente. Puede decirse que todos somos el pasota de otro, el pasota de alguien.

Ahora bien: a pesar de los miles de folios que se llevan escribiendo desde hace más de dos años sobre el tema, nadie ha conseguido explicar claramente qué es un pasota —uno de verdad, integral, vamos—, cuál su atuendo preferido, sus gustos, sus aficiones y eso que llamamos filosofía de la vida. El pasota es un ser misterioso, que todo el mundo dice conocer, pero que nadie explica. Por lo visto, es un hombre que tiene tan buenas cartas que puede permitirse "pasar" de todo, como en el póquer. O que, sin tener precisamente un buen juego, sabe que el que le ofrecen a cambio va a ser peor todavía; es decir, una persona sensata. Más sensata, por lo menos, que aquellos que le definen, entre iracundos e irónicos. Los definidores/detractores del pasota son aquellos que tienen algo que vender y se mueven por la rabia de poder encontrarse sin clientela. Los políticos, sobre todo —derechas o izquierdas, da igual, todos los políticos son de derechas—, se horrorizan ante el pasota, y se sienten sin embargo atraídos por el morbo que les rodea: el morbo del sexo fácil y la alegre o triste droga. También los tenderos se enfadarían si los pasotas dejaran de comer.

En realidad, el llamado pasota no pasa de nada. Sólo pasan de todo los imbéciles integrales —esos lo han hecho siempre— y, desde luego, los muertos, esos seres extraños que se encierran en cajas estrechísimas y viven una existencia subterránea con la complicidad de sus familiares. El llamado pasota no pasa de comer, ni de dormir, ni de escuchar a Lou Reed, ni de nada que le produzca una verdadera satisfacción. Busca, simplemente, otra forma de satisfacer sus necesidades. Y no se la dan. Entonces se compra su "Ajoblanco" —esa bella y contradictoria revista— y se va a su Pláxico, donde ponen tan buena música. Y allí charla con sus amigos, se dibuja un mundo nuevo y tal vez más divertido. También, a veces, el pasota se pega un picotazo de caballo, mucho menos nocivo que el picotazo que nos da cada mañana el periódico liberal, y cada semana la revista de izquierdas de turno, tan europea ella; drogas estas mucho más peligrosas, mucho más deformantes de la realidad y que, desde luego, producen más muertes por infarto con sus continuos temores de golpes galácticos.

Hay otro tipo de pasotas: los que no pasan, pero se pasan. Estos son mucho más peligrosos, paranoicos de veras. Por temor a que violen a sus mujeres e hijas, llenan las calles de guardias y las noches de controles armados; por temor al fantasma de las drogas, prohíben a los ciudadanos comprar hasta tampax sin receta; por temor a la muerte —a la suya o a la del Estado— nos instalan definitivamente en la muerte y en la desinformación. De éstos es de los que habría que hablar, cuando se analiza el fenómeno del pasotismo, del pasotismo a lo bestia. ■ EDUARDO HARO IBARS.

por la vía pictórica y por la vía de la extrañeza. Es una fórmula que, sin tener nada que ver estilísticamente con ella, si que tiene que ver, metodológicamente en cambio, con la pintura "metafísica" que practicaron algunos italianos hace aproximadamente cincuenta años.

No tiene nada que ver estilísticamente con esa pintura, digo, pues en aquella pintura se cuidaba mucho el cuerpo centripeto de los objetos, y en la pintura de Juanillo Ulbricht se abandona la posibilidad centripeta de temas y personajes, cultivando una acción dibujística deliberadamente ablandada por la acción interior de la masa que se describe, membrillos, cebollas, algún paisaje e incluso un personaje algunas veces conocido.

■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

DISCOS

Ritmos de retaguardia

A pesar de la reticencia inicial de la siempre conservadora industria fonográfica nacional, van apareciendo en España las grabaciones de los pequeños sellos independientes responsables en gran parte del extraordinario rejuvenecimiento del rock contemporáneo: Radar, Stiff, Beserkley, Sire. A tan ilustre lista habría que añadir la londinense Chiswick, cuyos discos distribuye aquí Movieplay. Una marca quizá no tan notable, ya que aunque Chiswick sea comparable a Stiff o Sire en volumen de producción, sus lanzamientos suelen ser menos brillantes, peor producidos, no tan indispensables, rara vez sorprendentes.

Claro que el hecho de que su control de calidad sea menos estricto también tiene su lado positivo. Chiswick acepta grabar la música de artistas que las compañías importantes juzgarían anticomerciales, inmaduros, retrógrados e indignos de su atención. Artistas que gracias a su dedicación fanática por estilos, actitudes o sonidos considerados oficialmente como anacrónicos, contribuyen a enriquecer el pa-

norama del rock actual y evitan que se desprege excesivamente de sus humildes raíces.

Por ejemplo, **Little Bob Story**. Un grupo obsesionado por el "rhythm and blues" de Animals, Them, Small Faces y otros combos de los sesenta. "Off The Rails" sufre por la producción y la selección de canciones, pero es una agradable introducción al sonido de estos franceses revivistas.

Los **Bishops** también son otros dinosaurios que viven en la década pasada. Carentes de la ligereza de unos Dr. Feelgood, han ido compensando su rudeza con la incorporación a su repertorio de viejos temas de los Kinks o los Standells. "The Bishops Live" contiene una de sus saludables y estrepitosas descargas en directo.

Por el contrario, los **Radio Stars** atemperan su sonido metálico con una indudable debilidad por la tradición pop inglesa. Eso y el humor implícito en la mayor parte de los cortes de "Songs For Swinging Lovers" les hace particularmente agradables.

Naturalmente, Chiswick también potenció el movimiento punk. Así, podemos tener ahora "Cycledelic", primer —y seguramente, último— LP de **Johnny Moped**, uno de esos enteneceadores personajes que se creyeron totalmente los "slogans" del momento ("cualquiera puede ser una estrella", "lo que cuenta es el entusiasmo", etcétera) y salieron al escenario para exhibir su gloriosa incapacidad musical, su inmensa confusión, su total falta de carisma. Sin embargo, piezas como "cariño, tengamos otro niño" son tan encantadoras en su primitivismo como las paridas de Jonathan Richman.

Al otro extremo encontramos a los **Radiators**, banda dublinesa que podría representar a los músicos que debutaron bajo la etiqueta punk y que van evolucionando satisfactoriamente. Las canciones de su "TV Tube Heart" tratan del poder de mixificación de los medios de comunicación y resultan bastante digeribles, a pesar de su ruidosa indignación.

Tal vez lo más convencional de la colección Chiswick sea **Sniff And The Tears**, cuyo LP "Fickle Heart" está cargado de estructuras sólidas que recuerdan a Steely Dan, de melodías tan atractivas como las de Al Stewart. Un disco bien realizado y presentado dignamente que tal vez sea la baza secreta de Chiswick para salir de su segundo plano, de su encasillamiento en sonidos pretéritos para colección-